

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 27, 30 - 28, 7): *Perdona la ofensa a tu prójimo.*

Salmo (102, 1b-4.9-12) *«El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia»*

2ª lectura (Romanos 14, 7-9): *Si vivimos, vivimos para el Señor.*

Evangelio (Mateo 18, 21-35): *No siete veces, sino hasta setenta veces siete.*

El principal enemigo del perdón es el furor y la cólera. Los sabios orientales consideraban la ira como el principal obstáculo para abandonar la condición de pecador. Los sabios invitan al pecador a reflexionar, pensar y recordar su condición caduca para cesar en el enojo y ejercitarse en el perdón. La venganza no entra en los planes de Dios ni siquiera en sus intervenciones contra los enemigos de su pueblo. Toda interpretación de la cólera de Dios como límite a su Bondad es volcar nuestra mezquindad a la hora de leer el texto sagrado. Bastaría leer el Antiguo Testamento con mayor generosidad para entender que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

Pedro ya había sido amonestado por Jesús al intentar eliminar la violencia de su vida reivindicando para su Maestro una vida pacífica y sin obstáculos. Pero ese no era el plan de Dios, que envió a su Hijo para manifestarnos claramente el proyecto divino que incluye en el ser humano una actitud constante de vigilancia para no sucumbir ante el Maligno. Soportar el mal es condición innata a la naturaleza humana y luchar contra él es la forma constante de mantener vivas y ágiles nuestras fuerzas. En esa lucha descubrimos nuestras debilidades y errores y aprendemos a pedir perdón, si de veras queremos continuar en la lucha reconfortados al ver que el Todopoderoso no nos trató como merecían nuestros errores.

Al sentir el beneficio del perdón recuperamos la fe en nuestras fuerzas y brota en nuestro interior una actitud de agradecimiento que activa nuestras relaciones con los demás. La parábola del evangelio de hoy pone de relieve esta condición mezquina del empleado que había solicitado de su señor el perdón de una suma ingente y, falto de agradecimiento y de generosidad, fue incapaz de perdonar la pequeña suma que le debía su compañero.

Vivimos en la actualidad un momento de crispación internacional en el que la paz no sólo está amenazada por los violentos que la provocan, sino también por el furor y cólera que incrementan el rencor y el odio entre las naciones. El mensaje del evangelio intenta sacarnos de esa espiral y recordarnos que con criterios sólo humanos no será posible acabar con las guerras, las injusticias y agresiones a los débiles. Lo que ocurre es que al igual que en la parábola del evangelio pedimos comprensión y perdón por nuestros errores, pero somos muy exigentes a la hora de considerar las faltas de los demás.

Encajar los golpes y aprender de ellos es una táctica para incrementar nuestra capacidad de continuar con lealtad en el combate. Eso supone generosidad y se parece mucho a la receta evangélica: *“si uno te da un bofetón en la mejilla derecha, ofrécele la izquierda”*. No basta el autocontrol, sino la conciencia de nuestra condición de hijos del Padre, en los que ha sido derramado el amor de Dios como fuente y origen de todas nuestras reacciones. Activar nuestra fe s descubrir la grandeza de la filiación divina que nos urge perdonar sin límites.

Preguntan a Jesús cuántas veces tengo que perdonar si un hermano me ofende. Y Jesús dice que *«setenta veces siete»*, o sea, siempre y sin medida, sin otras consideraciones, sin dejar espacio al rencor o al resentimiento. Cuando hay que perdonar a un hermano es que se ha roto o resentido la fraternidad, y esto siempre es en doble dirección: todos nos ofendemos y todos nos debemos perdonar. No sirve el esquema *“tú me ofendes-yo te perdono”*, sirve que entre todos nos perdonamos y rehacemos la hermandad perdida.

Perdonar de corazón, dice Dios, no sirve de cualquier manera. Para vivir en esta actitud hace falta sentirse uno mismo necesitado de perdón. Casi siempre creemos que no necesitamos ser perdonados, que las relaciones con los demás se basan ya en el respeto, la igualdad, buscar su bien..., y no es así. Solo con pensarlo ya nos estamos creyendo superiores, mejores que los demás. Lo primero es pues sentir que necesitamos perdón porque somos limitados, fallamos en cualquier cosa, y hasta un simple gesto puede herir a los demás. Nada de sentirnos incapaces de pedir perdón, de no reconocer nuestras faltas. Resulta que Dios, antes de darnos cuenta, ya nos ha perdonado. Nos llama una y otra vez a rehacer la vida y las relaciones personales, sociales, comunitarias, incluso con relación a la casa naturaleza. Y como nos ha perdonado nos llama a hacer entre nosotros lo mismo, a perdonar y dar frutos de fraternidad en todos los ámbitos de la vida.

Como hijos nos sentimos queridos de Dios Padre, y entre nosotros hermanos. Rezamos al Padre nuestro, de *“todos”*, y le decimos que nos perdone como nosotros lo hacemos. ¿Estamos seguros? Porque el nuestro suele ser muy raquítrico, o perdono *“pero no olvido”* en plan chantaje. Mal andaríamos con esta proporción... Menos mal que Dios nos perdona, aunque nosotros no lo hagamos, y lo hace sin medida.

El perdón del Padre es Jesús. Él sí que nos enseña cómo y cuánto hay que perdonar. Hasta clavado en la Cruz tiene palabras de perdón y de vida para quienes le quitan la suya: *«perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen»*. Que nuestro perdón al hermano sea siempre como el de Jesús, que cura, salva, rehace, expresa el amor. Su ejemplo ya lo tenemos. Queremos acordarnos de su Alianza y pasar por alto la ofensa porque Él perdona todas nuestras culpas y nos colma de gracia y de ternura. Cada uno tenemos que hacer memoria de todo lo que somos perdonados para ser capaces de perdonar. **¡Anda, haz tú lo mismo!**